

LAS FRONTERAS ESPACIALES Y CULTURALES EN *LA INVASIÓN*

DE RICARDO PIGLIA

Claudia Del Prado*

Resumen: El propósito de este texto es tomar una serie de ideas y posturas planteadas por Iuri Lotman en cuanto a la noción de fronteras y mostrar las diferentes formas en que una sociedad en particular distingue el centro de la periferia, lo propio de lo ajeno, el nosotros de los otros y son transmitidos a través de diversas manifestaciones lingüísticas y textuales que conforman el plurilingüismo cultural.

Desde esta perspectiva, nos proponemos abordar dos cuentos correspondientes a la primera antología de Ricardo Piglia: *La invasión*, publicada en 1967 y reeditada en el año 2006, puesto que se trata de escrituras que se inscriben en un contexto heterogéneo, cambiante, de intrusión masiva de «lo otro», de «lo común», de «lo marginal»; situación que nos permite pensar en la importancia de la cultura popular de la época con sus modos de vida, sus prácticas de lenguaje y de sociabilidad.

«Una luz que se iba» y «La invasión» son cuentos en los cuales el escritor ficcionaliza las antinomias territoriales y las problemáticas socio-culturales existentes en el país por medio de una marcada y contrastiva división entre: centro/periferia, civilizados/bárbaros, nosotros/los otros.

Palabras Clave: cultura, frontera, centro, periferia, marginalidad.

***Abstract:** This paper intends to follow through Iuri Lotman's ideas and statements related to his knowledge and research about frontiers and to show the different manners in which a particular society sees the difference between the center and its periphery, one's own and the other's, we and the others, and how they are transmitted through several linguistic and textual expressions that make up a plurilingual culture.*

*From this perspective, we propose to deal with two stories that belong to Ricardo Piglia's first anthology: *La invasión*, published in 1967 and then reedited in 2006, because both writings appeared in an heterogeneous and changing context, where the others, the common people and the marginal men break in. These circumstances make us think about the importance of the popular culture, of that time, with its way of life, its language and social practices.*

«Una luz que se iba» and «La invasión» are stories in which the author fictionalizes the territorial antinomies and the social and cultural problems that existed in the country, through a strong division between center and periphery, civilized and uncivilized, we and the others.

Keywords: culture, frontier, center, periphery, marginality.

INTRODUCCIÓN

* Profesora en Letras y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina. Correo electrónico: cldelprado@yahoo.com.ar

Las categorías de fronteras que señalamos en nuestro trabajo parten de los ensayos sobre el funcionamiento de la «semiótica de la cultura» y de la noción y constitución de una «semiósfera», realizados por Iuri Lotman en sucesivas investigaciones. Su perspectiva teórica toma los modelos culturales, centrándose en las formas en que una sociedad, en particular, distingue el centro de la periferia, lo propio de lo ajeno, el nosotros de los otros, y en cómo esos conceptos son transmitidos a través de diversas manifestaciones lingüísticas y textuales que conforman el plurilingüismo cultural.

Lotman sostiene que la cultura es la condición necesaria para que la humanidad materialice su existencia. Surge de un comportamiento particular, en tiempos y espacios particulares. Allí, el hombre produce pensamientos teóricos, construye conocimientos, transmite expresiones artísticas e ideológicas en permanente lucha por el control y el monopolio de la información. De esta manera, la cultura se autoorganiza y se autodescribe mediante la interpretación, jerarquización y memorización de los procesos históricos, en los que observamos conflictos políticos, sociales o de clases que se constituyen como resultado de la interacción de sistemas semióticos, diversamente estructurados en un contexto determinado. Estos procesos «generan sus propias condiciones de equilibrio y desequilibrio, de exclusiones y de olvidos» (Arán y Barei, 2006, p.119), al tiempo que establecen paradigmas que permiten ser leídos como sistemas modelizantes del lenguaje, del mundo y de la realidad.

La producción de modelos culturales es histórica y contextualmente variable ya que funcionan con rasgos distintivos en cada cultura. Ninguna cultura, sostiene Pampa Arán, representa un conjunto universal, sino que su constitución interna posee sistemas nucleares, muy ordenados y otros con grados variados de desorganización. Se trata de formaciones que rodean al núcleo y pueden considerarse como subgrupos o subculturas que también forman parte del tejido de una cultura viva, expuesta al dinamismo, a la alternancia y a la movilidad.

A este universo semiótico, en el que interactúan un conjunto de distintos textos y de lenguajes, Lotman lo llama: *semiósfera*, un espacio semiótico definido fundamentalmente por su carácter delimitado respecto al espacio extrasemiótico o alosemiótico que lo rodea. En esa línea funcional y estructural que separa lo propio de lo ajeno, actúa la frontera como mecanismo bilingüe que traduce los mensajes externos al lenguaje interno de la semiósfera y a la inversa, reelaborando, adaptando y semiotizando lo que ingresa de afuera para luego convertirlo en información.

Cuando la frontera de una semiósfera dada, se intersecta con las fronteras de otros espacios culturales, esta adquiere un sentido territorial en cuyo espacio establece una división entre centro y periferia, orden y caos, organización y desorganización. Así por ejemplo, podemos reconocer las formaciones espaciales y culturales en Argentina, organizadas a partir de: I) distribuciones territoriales entre capital e interior; II) condiciones sociales y culturales que oscilan entre alta y baja, alfabética y no alfabética, civilizada y bárbara, integrada y marginal; III) tipos de ocupaciones que determinan y legitiman los lugares y las realizaciones culturales del momento.

La semiósfera, en este contexto puntual, constituida por los que dominan e imponen la cultura, se dispone en el centro; sin embargo, en diferentes momentos históricos, el espacio cultural tiende a crecer e introduce

en su órbita estructuras externas que pronto las convierte en su periferia. Se estimula, así, un impetuoso auge semiótico-cultural que traslada al centro nuevas estructuras semióticas, suministra líderes culturales y conquista la esfera del núcleo cultural (Lotman, 1998, p. 28).

Si invertimos la mirada, de manera analéptica, hacia la literatura argentina decimonónica, podemos leer los procesos de transformación social y cultural que sufrieron las distintas ciudades argentinas y las formas en que estos movimientos desplazaron, descentraron e incorporaron, paulatinamente, estructuras semióticas diversas. Esto revela un contexto dinámico, conflictivo, atravesado por fronteras interconectadas entre sí, umbrales que propician el diálogo, generan mutaciones de la memoria colectivas y admiten la emergencia de lo otro y de lo diverso como parte de la autodefinition cultural. Situaciones que nos ubican frente a composiciones socio-culturales cambiantes, migratorias, yuxtapuestas, tendientes a diluir la especificidad de las coyunturas, con el propósito de reconfigurar la organización interna del país y explicar la controversia sociopolítica de la Argentina.

Domingo Faustino Sarmiento entendió dicha realidad compleja como una problemática nacional. Su experiencia histórica, la formación intelectual y la visión centralista y civilizadora lo condujeron a expresarse de la siguiente forma:

Esta es la historia de las *ciudades argentinas*. Todas ellas tienen que reivindicar glorias, civilización y notabilidades pasadas. Ahora el nivel *barbarizador* pesa sobre todas ellas. La barbarie del interior ha llegado a penetrar hasta las calles de Buenos Aires (Sarmiento, 1971, p. 123).

Las líneas divisorias entre capital e interior coinciden con las oposiciones binarias planteadas en *Facundo. Civilización y Barbarie*. Polaridades de las que se desprenden antinomias territoriales y culturales vinculadas con la conformación nacional y con la disyuntiva identitaria.

Estas imágenes culturales representativas de la nación fueron expresadas en la literatura con lógicas diferentes. En *El matadero*, por citar un ejemplo, Esteban Echeverría pensó una trama que albergaba, en el mismo espacio y en una época determinada, la disputa entre Unitarios y Federales, dos ideologías opuestas que se extienden más allá de la elección de una forma de gobierno, de un enfrentamiento político o de una diferencia de niveles de formación escolar para representar la civilización versus la barbarie que comenzaba a convivir en la ciudad.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo lo que no era degollador, carnicero ni salvaje ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad (Echeverría, 1991, p. 143).

En cambio, los conceptos propuestos por Sarmiento, en torno a la civilización y a la barbarie en el país, definen en su ensayo un modelo de nación escindido, conformado por grupos polémicos, letrados e iletrados, regidos por la lógica del debate hacia las prácticas y producciones sociales, políticas y culturales. Mientras que la ciudad engendraba organización, orden y una marcada idea de progreso, la pampa implicaba el espacio sin límites, la ausencia de fronteras, de leyes y el retraso nacional. Ejes isotópicos opuestos que, además de ser estructuradores del texto, inician un camino de reflexión e investigación sobre la organización

del territorio argentino, las crisis sociales, las interpretaciones de la historia y del pasado y las representaciones identitarias en la literatura posterior.

Al respecto, Fausta Antonucci (1988) plantea que textos poéticos, ensayísticos y narrativos, de la literatura argentina, retoman el enlace establecido por *Facundo*, entre un dualismo de espacios y de valores culturales; pero, si bien la antinomia ciudad/pampa que forma la base del modelo dicotómico permanece inmutada, cambian los valores con ella conectados, y por lo mismo la manera de concebir la identidad y sus contenidos.

Pensemos en el poema gauchesco de José Hernández, en donde es posible advertir una diferenciada separación de dos mundos: la zona de los pastos tiernos y el desierto, las tierras de los blancos y las tolderías de los indios, la ciudad que se expande y progresa frente a la pampa rudimentaria y virgen. A pesar de que el espacio en el *Martín Fierro* es casi inexistente como elemento descriptivo, transmite una fuerza metafórica, profundamente sugerente, vinculada con lo social; un sistema de divisiones que expresa valores, impone y define las inclusiones y exclusiones, legitima y deslegitima las conductas de sus individuos.

No obstante, la pampa no se presenta como el único territorio que engendra barbarie. En oposición a Sarmiento, Hernández muestra que los desplazamientos sociales, las inmigraciones, las ansias de progreso y de poder han generado estratificaciones, maneras distintas de ser de las autoridades y de las clases dirigentes para con los gauchos y con los indios. Ante la mirada de las esferas periféricas, subalternas, la civilización pasó a ser sinónimo de corrupción, de agresiones y de discriminación, y la ciudad, por consiguiente, la generadora de todo mal, la que corrompe y altera los ritmos naturales del hombre de campo. De allí la emergencia de la voz de Fierro que denuncia la violencia del gobierno, la injusticia, el despojo y la marginación geográfica, social y cultural.

Ya en el siglo XX, es notorio observar que los escritores, para mostrar la imagen del país y su desarrollo social, van atenuando la brecha entre civilización y barbarie como fuerzas centrífugas. En 1933, en *Radiografía de la Pampa*, Ezequiel Martínez Estrada inicia un camino de interpretación nacional, tanto en lo que respecta a la conformación social como a la historia argentina. En ese intento de explicación y recreación de la realidad y del hombre inserto en ella, focaliza el espacio geográfico desde perspectivas históricas, sociológicas, psicológicas y filosóficas.

El enfoque histórico le permite indagar en el pasado, a fin de buscar causas que expliciten el presente incierto y crítico del contexto de producción de su ensayo. La mirada sociológica y psicológica se dirige hacia la descripción del inmigrante y de los tipos argentinos: el guapo, el baquiano, el rastreador, el compadre, el orillero; cada uno con sus formas particulares de pensar, de sentir la tierra y, en consecuencia, de actuar, ya que son productos del medio que los engendró: un territorio dividido, «Buenos Aires por un lado y nada por el otro; pero un nada que aspiraba a ser la otra mitad del todo» (Martínez Estrada, 1986, p. 194).

En ese movimiento centrípeto de lo suburbano hacia la metrópoli, la configuración del gran «cuerpo teratológico», deforme, que era Buenos Aires, fue variando en su forma y en su estructura. Las zonas de los márgenes poco a poco comenzaron a marchar hacia los umbrales porteños, hacia una ciudad que despertaba ilusiones y desencantos, alegrías y tristezas.

El discurso deconstruccionista del ensayista plantea que la ciudad no es más que una estructura artificial que atrae, aísla y expulsa al hombre a la vez, y en la que conviven la civilización y la barbarie como «fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio» (Martínez Estrada, 1986, p. 341).

Se comprueba, entonces, que el pensamiento de Martínez Estrada se alejó de la postura sarmientina, al considerar que el problema que aqueja a los argentinos, más allá de su extensión territorial, es el problema de los límites culturales, la falta de unidad, de vínculos, de la formación del alma nacional. Ambas esferas de la cultura, constitutivas del universo semiótico, generan modos de comportamiento afines a cada una, formas distintas de conocimiento producidas por dos conciencias, dos sujetos sociales que no solo marcan una tensión recíproca entre el adentro y el afuera de la frontera, sino también entre los distintos estratos que funcionan en una misma semiósfera.

Estas zonas de contacto se manifiestan en la literatura puesto que son los intelectuales los que, al intentar desentrañar y explicar el ser y la cultura nacional, promueven la integración de los opuestos, la adaptación de lo asemiótico y la reubicación de los márgenes.

En el caso de Ricardo Piglia, sus primeras producciones de los años sesenta y setenta se convierten en el ámbito de revisión y de reivindicación de la tradición literaria y de lo nuevo, de lo canónico y de lo periférico. En ese gesto de relectura de los fenómenos culturales, en el que coexiste una dinámica de inclusión y exclusión de lo dominante, lo residual y lo emergente, Piglia recupera, por una parte, un horizonte cultural complejo conformado por diferentes tendencias estéticas, géneros y formas discursivas. Por otra, rescata la figura del marginal, ya que le sirve para realzar las oposiciones, las visiones antagónicas y contestatarias. Con la incorporación de la alteridad, incluye distintos registros de la lengua que no tenían cabida en la literatura dominante, una lengua informal vinculada directamente con las formas orales, con lo cotidiano, con lo popular. Esto implica poner en funcionamiento otra visión del mundo de sujetos que piensan al país y a la sociedad con tonos y modos diferentes, se trata de miradas reaccionarias que se rebelan, cuestionan y denuncian una realidad y su derecho a la integración.

Los procedimientos de apropiación y de reescritura que propone mantienen, sin duda, una estrecha relación con la necesidad de legitimar un estilo de escritura innovador, como así también su posición de lector, crítico y escritor dentro del campo intelectual del momento.

LA INVASIÓN. EMERGENCIA Y LEGITIMACIÓN DE «LO OTRO»

En la reconstrucción de este trayecto modelizante cultural, nos centraremos en dos cuentos que escribió Ricardo Piglia durante la década del 60, ambos pertenecientes al libro *La invasión*, una antología que revela modos diferentes de percibir y de construir lo identitario-nacional.

En 1967, Piglia publica, en Cuba, la primera edición de su antología con el nombre de *Jaulario*. Ese mismo año, tiempo después, la edita en Buenos Aires con un nuevo título: *La invasión*, en alusión a los movimientos migratorios hacia la capital porteña que experimentaron las clases tradicionales argentinas por parte de los sectores populares, quienes constituían la base social del peronismo.

A fines del 2006, vuelve a reeditar la colección con algunos reajustes y reformulaciones. Sin embargo, cabe aclarar que la conformación del último volumen es casi similar al anterior ya que agregó un cuento y cambió el nombre de uno de los relatos: «En el calabozo» por «La invasión».

Para ejemplificar las teorías de Lotman, planteadas previamente, abordaremos en esta oportunidad los textos: «Una luz que se iba» y «La invasión», dos relatos en los que convergen ciertas constantes temáticas y discursivas orientadas a la búsqueda de un perfil que caracterice al ser nacional. Asimismo, constituyen espacios ficcionales en donde podemos leer un nuevo modelo de nación, puesto que son lugares literarios propicios para indagar y denunciar los problemas que aquejan al país, reconstruir y resignificar los discursos sociales e identitarios y con ello realizar una revisión del pasado, de la memoria y de la cultura.

En el cuento «Una luz que se iba», surge el tema de la marginalidad con un tratamiento especial, puesto que aparecen enfrentados dos mundos, en apariencias irreconciliables, los cuales representan condiciones sociales antagónicas entre la capital y el interior.

Con esta propuesta escrituraria, Ricardo Piglia recurre a la matriz política y estética de la literatura argentina porque inscribe, en la ficción, la dicotomía, de larga tradición, «civilización versus barbarie». Ya no desde la perspectiva sarmientina que concebía a dicha dualidad como polos opuestos, centrífugos. En este caso, la actualización organiza las antinomias como fuerzas centrípetas que interactúan en la sociedad y luchan por derribar las fronteras limítrofes, sociales y culturales existentes en el país.

El texto comienza con la voz del hombre del interior, un sujeto que llega a la ciudad porteña con la esperanza de obtener un trabajo, una vida digna, amigos, reconocimiento y sobre todo, la posibilidad de insertarse en un sistema que discrimina y excluye al invasor.

Y yo caminaba y caminaba para acostumbrarme y conocerla. Saber ir a cualquier lado sin preguntar, seguro como todos, mirando de frente. Entrar al café, decirle al mozo: lo de siempre y que te salude y todos te reconozcan y te escuchen. Tener amigos porteños, ir con ellos a mi pueblo, a Bolívar, algún fin de semana... (Piglia, 2006, p. 104).

La escasa mención de referencias sobre el sujeto que enuncia permite interpretar la historia como metáfora social, ya que la voz anónima representa múltiples voces que reclaman sus derechos de igualdad, de valoración y de respeto en un contexto en donde el cabecita negra, además de estar posicionado en condiciones subalternas, era visto de forma negativa por y para la sociedad.

La inclusión de un representante de los sectores populares genera rechazo, oposición y conflicto en la trama. Situación que puede observarse a través del discurso disconforme y reaccionario del hombre de capital, portavoz de una representativa clase social porteña en los años 60:

Todos ustedes nos tienen podridos. Vienen de la mugre, se meten en todos lados y encima quieren opinar y joder. El único error de Perón fue traerlos a ustedes. Ahora nosotros somos los que tenemos que aguantarlos (Piglia, 2006, p. 109).

Los constantes enfrentamientos entre «ustedes y nosotros», centro y periferia, poder y marginación, constituyen los ejes que estructuran el relato. Quedan así expuestos dos planos ideológicos con perspectivas claramente definidas por voces y focalizaciones que escasas veces establecen relaciones verbales. Esta incomunicación, en el espacio textual, se traslada a la vida del personaje marginado, quien, desde una mirada crítica, cuestiona la realidad hostil que le toca vivir:

... me escapé, hoy a la noche, y me metí otra vez en Buenos Aires llena de gente, siempre cubierta de extraños que no te miran y no te saludan y te pasan por encima, anduve de un lado a otro, sin saber a dónde ir, perdido, extraviado... (Piglia, 2006, p. 111).

Ante un contexto indiferente, solo le resta aislarse, sumirse en la marginalidad y construir desde allí, mentalmente, un tiempo interior, en el que suceden recuerdos, pensamientos, anhelos y angustias que dan cuenta de la problemática existencial y de su condición particular en la sociedad.

El monólogo interior hace evidente la crisis que experimenta el sujeto. Por momentos, su narración se torna desordenada, caótica por la proliferación de ideas, sensaciones y sentimientos que no puede exteriorizar. De manera acumulativa, mezcla las palabras, la voz propia con la ajena; confunde los planos temporales con sucesos presentes y pasados, mediatos e inmediatos; alterna el estilo directo con el indirecto; fluctúa con las formas pronominales entre: *yo, él, te, le, me*, en un mismo párrafo, fragmentando permanentemente la cronología del relato. A medida que aumenta la tensión emocional, la narración sufre una aceleración, lo que brinda al discurso del personaje una fuerza apelativa que orienta a la recepción para comprender la importancia y necesidad de legitimación e inserción de «lo otro», «el otro» en el mundo.

De esa forma, el texto se transforma en un espacio de denuncia social, de desocultamiento de la realidad. Razón por la cual, Ricardo Piglia inicia un camino de búsqueda y de «apropiación de los márgenes», entendidas estas como lo popular y lo masivo en todas sus gamas: los géneros populares, las voces soterradas, los sectores populares, las repúblicas de las masas y los *mass medias*, con el propósito de construir una escritura comprometida, innovadora, que deconstruya los modelos, rompa con las jerarquías y, desde múltiples lugares de enunciación, permita la reflexión sobre el país.

Analógicamente, en el cuento «La invasión», Piglia reitera ciertas constantes temáticas tratadas en «Una luz que se iba»: la marginalidad, la discriminación, el rechazo y los estratos sociales. Pero la focalización de la enunciación adquiere una perspectiva diferente ya que la analogía funciona por oxímoron. Es la mirada del estudiante universitario, quien inmerso en situaciones políticas y determinadas por la Historia, experimentó la invasión de las masas, reaccionó en contra del hombre de las orillas, e irónicamente ahora es él el que invade el espacio del «otro», del «marginado social», del «deserto», del «convicto», del «morochito».

El narrador principal entretiene en la trama una estructura de clases en conflicto, delimitadas por lugares de origen, posiciones sociales, niveles alfabéticos y hasta por el color de piel. Con ello muestra el papel central que desempeñaron los procesos de transformación social en Argentina, en cuanto a su composición por estratos. Estas categorías representadas por conceptos, tales como capas, subclases o fragmentos sociales, demuestran que no son rígidas e inmutables, sino adaptables a «las cambiantes exigencias del contexto histórico y cultural» (Antonucci, 1988, pp. 179-180). Pueden, en distintos momentos, yuxtaponerse, conformando nuevas formaciones híbridas, heterogéneas, en las que interactúan choques culturales, desencuentros y enfrentamientos políticos y sociales.

Los contrastes ideológicos y de clases se expresan a nivel textual, a través de la representación dicotómica del hombre y del medio, escindidos ambos por desniveles jerárquicos, formas de vida y comportamientos en la sociedad. La comparación se hace posible desde el momento en que el estudiante ingresa a la cárcel, una

zona coyuntural en la que confluyen leyes y costumbres diversas. Un lugar de cruces y de condensaciones, puesto que en el reducido espacio de la celda se tocan los extremos: en uno, se encuentra el joven que proviene del ámbito universitario, con valores ideológicos y culturales definidos. Lo demuestran sus modales educados, el lenguaje cauteloso que utiliza, sus ideas de progreso, de libertad y de revolución. En el otro extremo, dos sujetos inertes: Celaya y el morochito, acostumbrados a y moldeados por el contexto que habitan: una celda sofocante, envuelta por «una penumbra verdosa, el piso grasiento y con bichos revoloteando alrededor» (2006, p. 100). Sus actitudes conformistas, de dejadez y de pereza natural resultan también consecuentes con el medio que los engendró. Son sujetos resignados que experimentan a diario el sin sentido de la vida y la ausencia de futuro, debido a su procedencia y a la realidad en que viven, despojados de la libertad y desvinculados de los logros y avances de la capital porteña.

A medida que avanza la narración, el sujeto de la enunciación, cuya voz y perspectiva sostienen el relato, utiliza de forma discontinua y graduada los estilos directo e indirecto para determinar las palabras de los personajes. Además de las marcas gráficas que separan los discursos, aparecen rasgos que los tipifican como las formas coloquiales del habla que contrastan con el estilo cuidado del narrador. Cada vez que este introduce las voces de los personajes, surgen expresiones idiomáticas propias del estudiante estableciendo una diferencia con el lenguaje de la cárcel. Mientras uno es educado y cauteloso; el otro es agresivo, violento y vulgar.

La delimitación de las fronteras lingüísticas coincide con la condición social de los personajes representada en la ficción. El carácter modélico de cada uno se relaciona con el modo en que los intelectuales entendían las antinomias sociales y culturales en el país, durante el gobierno del presidente Perón: un vaivén entre vanguardia y populismo; entre la erudición y la masificación. A su vez, permite conectarlo con el modelo dicotómico planteado por Esteban Echeverría en *El matadero*, en el cual, el contenido semántico deja entrever dos grados opuestos en las potencialidades del hombre que oscilan entre la humanidad y la animalidad (Antonucci, 1988, p. 183).

El cuento de Echeverría narra una confrontación social en donde el unitario, al igual que el estudiante en «La invasión», en vez de huir o de exiliarse, se acerca a los suburbios, se interna en territorio enemigo, en el mundo de los bárbaros y sufre la violencia centrada en el cuerpo y en el lenguaje. Ambos invasores, distinguidos por la palabra y la voz de la civilización, experimentan la impotencia y debilidad frente a sus adversarios, hombres violentos, prepotentes, de pocas palabras y de mucha acción.

Los episodios se van estructurando gradualmente, en forma ascendente, hasta llegar al clímax de la barbarie; en *El matadero*, con el enjuiciamiento del unitario por parte del régimen federal. En cambio, en «La invasión», se destaca la presencia amenazante del «otro», cuyas actitudes representan el mundo primitivo y brutal encarnado en los cabecitas negras.

De esta manera, la ficción constituye para Piglia, la historia de la violencia argentina, reconstruida en tramas donde se pueden descifrar o imaginar «los rastros que dejan en la literatura las relaciones de poder. Marcas en el cuerpo y en el lenguaje, que permiten construir la figura del país» (Piglia, 1993, p. 8).

Una nación ecléctica, escindida, en la que detectamos una permanente tensión entre tendencias discursivas divergentes como consecuencia de la movilidad y estratificación social; del activo intercambio y desperejo crecimiento económico; del surgimiento de nuevas formas literarias, tanto cultas como populares; además de la renovación del lenguaje y de otras formas de expresión. Estas tendencias heterogéneas, presentes en la conciencia de la época, se convierten, en cada momento de su proceso de formación, en lenguajes ideológicos-sociales, concepciones de mundo jerarquizadas, dialogizadas que ingresan a la literatura de manera funcional, en tanto forjan conocimiento, configuran cultura y dan cuenta de una compleja realidad nacional.

En conclusión, destacamos que en los cuentos de *La invasión*, prevalece la tendencia de narrar el país desde sus dos caras: la del poder del Estado y la de los relegados. La representación de los nuevos movimientos sociales, con sus costumbres e ideologías, en oposición a una política gubernamental que revela sus imposiciones, pone de manifiesto una realidad desigual, escindida por los sectores incluidos y excluidos en un contexto convulsionado, ambivalente, que establece la diferencia entre el adentro y el afuera. Estas fronteras socio-culturales, en permanente pugna, muestran sus límites, sus espacios intermedios, los cruces y las transgresiones, pero fundamentalmente, expresan otros espacios de significación relacionados con la problemática identitaria nacional, porque narrar la nación es desplegar vivencias, lenguajes, ideologías, formas distintas de mirar, sentir, vivir e identificarse con el mundo; implica también mostrar la heterogeneidad en las relaciones y divergencias entre «los unos» y «los otros», «lo individual» y «lo colectivo», «los reconocidos» y «los ocultos».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antonucci, F. (1988). Antinomias espaciales y culturales en la literatura argentina (1845 – 1960). *Argentina en su literatura*, (3).
- Arán, P. y Barei, S. (2006). *Texto/memoria/cultura: el pensamiento de Iuri Lotman*. Córdoba: El Espejo Ediciones.
- Echeverría, E. (1991). *El matadero*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Lotman, I. (1998). *La semiósfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Cátedra.
- Martínez Estrada, E. (1986). *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Hispamérica.
- Sarmiento, D. F. (1971). *Facundo. Civilización/ Barbarie*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz.
- Piglia, R. (1993) *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca. Colección Fierro.
- Piglia, R. (2006). *La invasión*. Buenos Aires: Anagrama.